

La más pequeña unidad de información que puede ser conocida en un *campo de cognición* constituido de información diferenciada se denomina «yo».

No existe actividad mental consciente previa al «yo». Lo mínimo que es posible pensar es la idea «yo». La mente está imposibilitada para reconocer partes, fracciones de «yo». La base del edificio sobre el que se construye la cognición es el «yo».

Occidente suele asumir que el «yo» es producto de herencia y aprendizaje. Eso es cierto: el «yo» tan sólo es herencia y adaptación; no es más que eso. El «yo», aparentemente, conoce, pero jamás se conoce. La gran dificultad con la que chocamos al intentar encontrar la génesis de nuestra propia realidad radica en el hecho de que obligatoriamente se parte de la idea «yo».

Indagar qué hay previo al «yo» es la tarea de la Vedanta. No intentamos crear juicios de valor en los que el *objeto* asuma el carácter de real. Buscamos lo más elemental: ser conscientes de que existimos, pero asociados al instante Presente. Jamás buscamos nuestra génesis en un incierto y manipulable pasado: indagamos qué somos en el instante mismo de preguntar; inclusive nos deslizamos al instante previo a la pregunta y allí nos afianzamos.

Buscamos ser espectadores carentes de esfuerzo por preguntar. Somos espectadores de un universo del que no deseamos saber nada. La cualidad de la existencia ya está en él, la cualidad de la conciencia también es parte de él. Le permitimos al universo conocerse a sí mismo sin que exista intermediación egoica.

DISCERNIMIENTO

85

Discernir es realizar una acción, cualquiera que sea, en oportunidad de lugar y tiempo.

Discernimiento es la cualidad primera que un discípulo debe tener. Al discípulo no se le pide que sea inteligente; si bien esto ayuda, es preferible que sea noble en su actuar. Existe la errónea creencia de que un intelecto formado en exceso —lo cual es similar a deformado— puede lograr más fácilmente el saber que aquieta la mente. Nada más falso. ¿Qué sesudo estudiante no ha intentado acaso alguna vez ralentizar la mente y ha sido entonces consciente de la absoluta impotencia de control que hay ante el ir y venir de los pensamientos? La quietud mental no estriba en saber intelectivamente más cosas, ni en un modo único y específico de acción que permita el logro de una abstracta meta. La solución es observar el mundo con calma interior, sin predominancia de «nombres» y «formas», sin advertir juicios ni soluciones, sin ánimo de meta o inicio.

La solución estriba en contemplar el simple acto que «está sucediendo», sea éste cual sea. La solución resulta de la vivencia del Presente; de una recta cognición carente de esfuerzo egoico por conocer

El ser humano es poco diestro en actuar; menos aún en pensar. Juega a ser Dios con su mente y a encontrar fórmulas que integren en números la grandiosidad que sólo puede otorgar la simplicidad de la belleza proveniente de la naturaleza.

La mejor manera de que la mente adecue sus facetas más eficientes para el encuentro de una realidad metafísica, es enseñarle a estar en el Presente. Una mente situada cotidianamente en el Presente, poco a poco empieza a advertir el universo de una manera diferente. No se requiere de un Presente específico, más moral o más recto, no. Basta situar la mente en el comer cuando esto es lo requerido, o en el conducir cuando esto es lo

necesario. No podemos escoger qué modalidad de acción debe o no emerger en un momento dado, pues ésta ya emerge espontáneamente gracias al Prarabda karma. La libertad real, o su ausencia, nace de la capacidad o incapacidad de identificarse con la acción que se realiza a cada instante. Nadie decide, pues verdaderamente no existe ningún ente encadenado.

Aprender a hacer cada cosa en «oportunidad de lugar y tiempo» es la razón del *Karmanishsta*¹³⁷. Pero solamente lo logra quien posee un discernimiento adecuado para diferenciar qué es lo real de lo ilusorio. Por ello, Karma yoga y Gnana yoga son caminos similares que suelen ser interpretados de forma diversa.

162

El logro de la Libertad Final no es ni la posesión ni la suma de todos los infinitos eventos, ni su vacío ni la suma de vacíos entre ellos.

La Libertad Final no implica el acopio de inteligencia, de moral ni de buena voluntad, al igual que el espacio no depende de la inteligencia, la moral ni la buena voluntad de los *objetos* que en él residen.

Nuestra extraña forma de ver la vida y sus componentes nos lleva siempre a concluir que la realidad que subyace en el universo ha de poseer cánones similares a nuestros propios y personales intereses. Creemos que las leyes que conforman el universo son aquellas cuyo modelo ha podido descifrar nuestra mente, sean ellas la teoría de la Relatividad, el Psicoanálisis o cualquier otro frente propuesto en el ámbito académico. El Saber Real es mucho más simple que todo eso, más elegante, más práctico, más inteligente.

Pretendemos ser los controladores de nuestro destino y del destino de los demás; inclusive creemos ser portadores de la llama que maneja el destino de planetas y soles. La verdad no es así. No controlamos ni el crecimiento del cabello, y ni aún así po-

demos luchar por evitar que deje de crecer. Somos maestros en creer que controlamos, que somos inteligentes, que tenemos poder. Sin embargo, así como hemos nacidos desnudos, de igual forma transitamos por el mundo. Estamos carentes de poder, pues siempre que se lo tiene es momentáneo. El ser humano es diestro en actuar, es el más maravilloso actor que existe, pues vive en un tinglado que su mente ha creado, y supone que lo controla y que es dueño del papel que representa.